

León Arsenal

BESOS DE ALACRÁN
y otros relatos



Ésta es una antología que recoge parte de los relatos producidos por León Arsenal entre los años 1992 y 1999. A lo largo de estas páginas, el lector podrá disfrutar de exotismo, aventura, mala intención, planteamientos originales, amor *fou*, sensualidad turbia, fascinación por la muerte y nombre de sonoridades extrañas.

En estos doce cuentos, Arsenal nos demuestra por qué está considerado una de los mejores autores españoles en cuestión de literatura fantástica, ciencia-ficción y fantasía, y casi el mejor a la hora de crear o recrear los escenarios más originales y lejanos. Entre las virtudes de su producción están el exotismo, la aventura, la intriga, además de unos recursos técnicos a la hora de narrar, marcados por la sobriedad y la concisión, así como la utilización de un español rico que, a veces, al recuperar términos y expresiones de nuestro idioma, tiñe a éstos de exotismo.

Y, sobre todo, una de sus principales virtudes es la de contar buenas historias.

Quien quiera adentrarse en esta antología, podrá encontrar relatos que van desde la Galicia medieval a las profundidades del espacio, pasando por nuestro mundo actual. Viajar por las arenas rojizas de un Marte mítico que sabemos que nunca será. Buscar en vano a ese esquivo personaje conocido como «el agente exterior». Hacer frente a los espíritus en el bosque brumoso. O, con un poco de suerte, sentir en los labios el beso ardiente del alacrán...

A todos mis amigos de la TerMa (Tertulia de literatura fantástica de Madrid), que ha sido, incontestablemente, el motor más poderoso de la ciencia ficción y la fantasía, en España, durante esta década de los noventa que ya acaba. Ojalá que, si en el futuro deja de serlo, se deba a la aparición de algún otro generador aún más vigoroso, y no a la pérdida de fuelle por parte de la TerMa.

Presentación: *Besos de alacrán y otros relatos*

Esta recopilación recoge buena parte de los relatos salidos del procesador de textos de León Arsenal, desde 1992 hasta mediados de 1999. Hay dos buenos motivos para que estas doce narraciones se cobijen bajo el título genérico de *Besos de alacrán y otros relatos* y no bajo el igualmente apropiado de *Ojos de sombra y otros relatos*. El primero es que *Ojos de sombra*, siendo un bonito título, no resulta nada epatante. Bajo esa frase de tres palabras cabe lo mismo un relato cursi que uno de misterio; una ensoñación románticoide que una historia de terror. Sugiere demasiadas cosas si no se conoce al autor o se separa el título en demasía del relato al que da nombre. Decididamente *Besos de alacrán*, con su paradójica mezcla de sensualidad y animal fóbico, llama más la atención. La segunda razón es que, cristalizando en cualquiera de ambos y en grado casi absoluto, la mayoría de las virtudes que caracterizan como escritor a León Arsenal, pesa finalmente el que Arsenal haya cultivado más asiduamente el «*space opera*» de *Besos de alacrán*, que la «fantasía histórica» de *Ojos de sombra*.

En todo caso, cualquiera de ambos, está plagado de exotismo, aventura, «mala uva», planteamientos originales, «amor fou», sensualidad turbia, fascinación por la muerte y nombres propios de sonoridad extraña. Todo lo cual, bien puede figurar en el catálogo descriptivo de lo que habitualmente ofrecen los relatos de León Arsenal. Al completo, o en altas dosis de cualquiera de ellos, estos ingredientes se encuentran en casi la totalidad de las narraciones que com-

ponen esta recopilación. Con todo, puesto que el intervalo temporal en el que están escritas es dilatado y las motivaciones que originaron estos cuentos son tan diversas como el concurrir a un determinado premio literario, conseguir un ultracorto de impacto, o crear un ciclo de relatos con un universo referencial común, las diferencias que se aprecian entre ellos son grandes. Serían necesarias muchas más páginas de las que disponemos ahora, o una serie de introducciones particularizadas a lo «buen doctor Asimov», para poner en situación informada al lector sobre cada relato de este volumen. Como ocasión y apetencia faltan —los buenos cuentos han de defenderse solos, sin abogado que los encomie o justifique— sólo cabe señalar algunos datos que pueden hacerles más disfrutable la lectura.

Lo primero, más que un dato, es una precisión. Quien sea devoto partidario de que, en literatura, no se transgredan los límites de lo «políticamente correcto», tiene bien pocas posibilidades de convertir a León Arsenal en su lectura favorita. No es cuestión de si hay sexo o violencia en sus relatos —afortunadamente los hay—, se trata más bien de sentimientos turbios y moralmente ambiguos; de conflictos hombre-mujer en los que las mujeres no siempre son víctimas; de minorías culturales no enteramente respetables; e incluso de Eros y Thánatos jugueteen por entre los párrafos. Y tengan por cierto que, algunos de sus héroes, están armados más con «malas pulgas» que con «bondad de corazón». Además fuman mucho...

En cuanto a las virtudes que hacen aconsejable su lectura, bien, algunas ya las enumeramos como características en los primeros párrafos de esta presentación: exotismo, aventura, intriga... Otras, más relacionadas con sus recursos técnicos como escritor, las mencionaremos ahora: sobriedad y concisión en el narrar, lógica en el desarrollo de la trama, la utilización de un español rico, que recupera términos y expresiones de nuestro idioma que, caídos en desu-

so, reaparecen teñidos de exotismo —«alimañero», «pis-tear», «al descuido»—, y, sobre todo, buenas historias.

Como tendrán ustedes ocasión de comprobar, los escenarios en que éstas transcurren, son muy variados. Desde la Galicia del siglo X donde ocurre *Ojos de sombra*, a los escenarios contemporáneos de *El Libro Negro* o el profundo vacío estelar de *El Centro Muerto*. Sin embargo cinco o seis de ellos, los más específicamente de «*space opera*», parecen compartir un a modo de escenario común y presentan incluso algunas relaciones directas. Les llamo la atención, por ejemplo, sobre Dagú Dagú, un funcionario de la Inteligencia pereporeana que aparece en *El agente exterior*, y reaparece unos cuantos mundos más allá en el relato *Oscuro candente*. En esta ocasión como cuasi director de seguridad en Cósig Venus. Por otra parte, el doctor Surban Argorades, en funciones de alimañero en la memorable cacería de las playas de Cósig Venus, recibe al protagonista de *Cromatóforo*, a su llegada al astropuerto de MundoRan. Y, si no me equivoco *En las Fraguas Marcianas*, se alude a un Venus que muy bien pudiera ser el de *Oscuro candente*. Todos estos relatos parecen tener una soterrada conexión, más firme y menos sutil, que la que les presta el compartir un cierto aire de familia, propio de una misma manera de concebir el «*space opera*» por parte de su autor. Se barrunta un no enunciado ciclo del que parecen formar parte algunos de los mejores relatos de León Arsenal. Un Universo referencial donde la Federación terrestre es un «peso pesado», pero no el único poder que cuenta; donde los planetas digieren mal un intervencionismo terrestre no ejercido por la fuerza, pero sí omnipresente; compuesto por una pluralidad de mundos donde conviven los humanos con otras razas y en el cual se ambientan relatos de muy diversa índole. Es un marco geográfico, sólo un grandioso marco, en el cual se pueden tocar mil temas. Eso sí, espero que siempre con esa manía de entretener y emocionar al lector de la que hasta la fecha León Arsenal hace gala.

Y aunque esto no suele hacerse... los relatos preferidos del autor de esta presentación siempre han sido *Besos de alacrán*, *El agente exterior*, *Ojos de sombra* y *El Libro Negro*. Hubiera sido más rápido afirmar que hay un relato de entre los doce que me gusta menos que los demás, pero es de los cortos y además, señalarle..., eso sí que sería de mala educación...

Alfredo Lara

OJOS DE SOMBRA

Aquel primer encuentro tuvo lugar tras una de esas cruentas batallas que jalonaron buena parte del año 36, cuando el califa lanzó a sus mejores tropas a la conquista de Calatayud. En esa época, yo era soldado con Aboyaya, rey de Zaragoza y aún puedo recordar la forma en que, durante horas, estuve tendido entre los muertos. Y también recuerdo el cielo entrevelado por las nubes de polvo que flotaban en el aire inmóvil, el calor sofocante, los lentos aleteos de los buitres en las alturas, el zumbido de las moscas al apiñarse sobre mi vientre herido y mis labios resecos. Fue entonces cuando vi al hombre de negro merodeando entre los cadáveres y, cuando se me acercó, pensé que había llegado mi hora. Pero él se limitó a mirarme y menear la cabeza, y así supe que debía seguir viviendo. Luego se alejó y yo volví a quedarme solo, abandonado a la sed y a los insectos, hasta después de la caída del sol.

Años más tarde, cuando mis pasos me llevaron de vuelta a casa, el hombre de negro y yo habríamos de encontrarnos de nuevo. Fue en la costa y, de aquel día, recuerdo un cielo muy azul, recorrido por enormes nubes oscuras, como montañas hirvientes, que llegaban desde el mar, empujadas por un viento helado, para cubrir la tierra de sombras y anegarla con chubascos repentinos. El mar alborotado estaba lleno de espuma blanca, el oleaje retumbaba contra las rocas negruzcas y, casi a pie de playa, había un gran roble de cuyas ramas colgaban racimos de cadáveres harapientos.

Los cuerpos giraban lentamente, agitados por el viento, y la lluvia resbalaba por sus andrajos, chorreando desde los pies descalzos. El hombre de negro estaba parado junto al árbol, soportando el aguacero mientras observaba el balanceo de los ahorcados. Por un instante, se volvió hacia mí, entre las cortinas de agua, para clavar sus ojos oscuros en los míos y, por aquella mirada, supe que me esperaban sucesos portentosos. Luego apartó la vista para seguir contemplando los pausados vaivenes de los muertos, aguardando con paciencia a que las almas se desprendieran de los cuerpos.

El chubasco pasó y yo me alejé de aquel lugar de muerte. El aliento de la destrucción parecía soplar sobre la tierra y no era nada difícil toparse con cadáveres ahorcados por docenas en las encrucijadas, o acuchillados en las cunetas; no en aquellos días, cuando la guerra asolaba medio país. Porque, al igual que las grandes nubes de tormenta volaban negras sobre mi cabeza, así las calamidades sucedían a las calamidades. Primero la rebelión, luego los ejércitos de Córdoba, embistiendo sin tregua contra los pasos, después la gran incursión del propio Abderramán, que llegó hasta la costa. Ni siquiera la muerte de los infantes Bermudo, Eudo y Fortis, caudillos de la revuelta, había traído la paz, ya que los bosques hervían aún de rebeldes al gran rey y los tornadizos condes se hacían perdonar cualquier tibieza anterior aplicando horca y cuchillo a mansalva. Y así, todo el norte de Galicia seguía en armas, se avivaban las contiendas y las poblaciones ardían como antorchas en la noche.

Camino adelante, divisé hombres de armas a caballo. Las grandes monturas chapoteaban ruidosamente en el barro de la senda y las lorigas, las cotas de malla, las lanzas, los dardos, centelleaban al menor roce de un sol que asomaba y escondía tras las nubes negras. El viento tremolaba los gallardetes mojados y, viéndoles, entendí que eran cazadores de hombres al servicio del gran rey de León. También, al instante, supe quién era aquel jinete alto y delgado

que cabalgaba a la cabeza de la compañía, con sus ropas negras, un esbelto dardo en la diestra y una gran capucha sobre la cabeza, ocultando las mejillas consumidas por una vieja enfermedad: Froila del Capuchón, vasallo de Guttier Osoriz, conde de Lugo y uno de los pocos verdaderamente leales al rey Ramiro.

Él también me reconoció apenas verme, a pesar de la distancia, los años transcurridos y la capa con la que me cubría, y se destacó al trote para saludarme con voz profunda.

—¡Mouro...! —me miró con atención—. Así que el vagabundo ha vuelto por fin a casa.

—Así es. Ya era tiempo. —Suspiré y, recordando cuánto tiempo había pasado y cómo las hebras blancas iban ya salpicándome la barba, sentí una repentina tristeza.

Apartando la capa, la retorcí para escurrirla. Alrededor, el agua de lluvia goteaba rítmicamente desde las hojas de los árboles a los charcos y resbalaba formando regatos por entre la tierra oscura.

La partida se detuvo a nuestra altura, refrenando los caballos y observándonos con curiosidad. Pude reconocer a muchos de sus integrantes, ya que eran antiguos vecinos míos; aunque el tiempo no había pasado en vano para ellos, como no lo había hecho para mí.

—Supongo —dije— que fuisteis vosotros los que colgaron a todos esos infelices en el roble de ahí atrás.

—Cierto, cierto. —Froila esbozó una mueca desagradable y sus grandes dientes relucieron en la penumbra del capuchón—. Esta noche, las brujas de la vecindad podrán cortar cuantas manos de ahorcado quieran para sus hechizos. ¿Y tú?

—De acá para allá, ya me conoces. Ahora, voy a la feria.

—¿A la feria? —Hizo un amago de sorpresa, antes de apuntar con el dardo a la espalda—. No queda lejos, pero poco de interés hay allá... ¡Bah! Vamos, Mouro, sube conmigo a la grupa: vente con nosotros y, antes de que oscurezca, habremos colgado a unos cuantos rebeldes.

Pero yo negué con la cabeza.

—La verdad es que preferiría no matar paisano. Además, ya te lo he dicho: voy a la feria.

—¿Paisanos nuestros? ¿Éstos? ¡Bah! —Con un nuevo gesto, mezcla de los anteriores, aunó desprecio y sorpresa—. Me gustaría tenerte en mi compañía, pero tú sabrás... ya nos veremos. Con Dios. —Azuzó a su caballo y todo el grupo se alejó al trote por el sendero.

Me quedé observándoles hasta que desaparecieron tras las revueltas del camino. Justo entonces el sol se nubló al tiempo que el aire se teñía de repente de gris, y un nuevo chubasco llegó rugiendo desde el mar. Volví a envolverme en la capa, antes de reanudar mi camino.

* * *

Esa noche estuve sentado junto a una de las hogueras de la feria, entretenido en afilar mi espada: un arma de factura oriental, con la hoja pesada, ancha y curva, que es mi bien máspreciado y cuyo manejo aprendí de los eslavos del califa.

En un momento dado, un tratante de ganado se detuvo a mi lado, mirándome con curiosidad.

—De seguro —me comentó— que cuidas mejor a la espada que a la mujer.

Tardé algún tiempo en responder, ya que me costaba entender el habla de la costa, tanto por las diferencias de acento como por todos los años que yo había pasado fuera de la tierra.

—De seguro —acepté al cabo—, porque yo no tengo mujer.

Sonrí de buen humor y tendió las manos hacia el fuego. Y yo seguí sacando brillo a la hoja de mi espada, ligeramente sorprendido. Los feriantes habían valorado de soslayo mi estatura, tez morena y cejas juntas, así como los amu-

letos que llevaba al cuello, y procuraban esquivarme; pero eso es algo a lo que todos los que llevamos sangre de lobo en las venas estamos acostumbrados.

Me levanté, envainando el acero, y comencé a deambular sin rumbo fijo por entre los fuegos, deteniéndome de vez en cuando a escuchar cómo los charlatanes proclamaban sus pócimas y reliquias. La guerra no había mermado al mercado; antes al contrario, había hecho que se congregara una gran multitud en aquella llanada, porque la gente ha de ganarse el sustento y el número da seguridad. Por eso, la feria estaba abarrotada de mercaderes y buhoneros, y los recintos llenos de ganado, conducido hasta allí por grandes partidas de vaqueros armados.

Había un baile en un extremo de la explanada y la gente giraba entre las hogueras, al compás de una música estrepitosa y chirriante. Ocioso, fui merodeando por los límites de aquella improvisada pista, observando cómo los celebrantes bailaban por parejas, con el cuerpo apartado y un brazo tendido, sujetándose uno a otro por el codo. Había gran número de espectadores, mirando sin participar; Froila del Capuchón y sus hombres también estaban allí, agrupados en una esquina, bebiendo y apartados del resto.

No me uní a ellos sino que, manteniéndome también al margen y apoyando un pie sobre una roca, me entretuve observando la danza, con los brazos cruzados sobre el pecho. Así pasé largo rato, observando las evoluciones. Luego, cuando miré más allá de los bailarines, vi que había una mujer entre las sombras rojizas y oscilantes del otro lado de la pista.

En realidad había muchas, claro, desde campesinas a busconas. Pero ésta iba cubierta con un manto de brocados y ocultaba el rostro detrás de un velo. Yo ya había visto a mujeres de tal clase en el sur, entre los moros, pero siempre a distancia e invariablemente custodiadas por eunucos armados hasta los dientes. No obstante, en esa ocasión, no alcancé a distinguir ningún guardián entre las sombras y,

mientras la contemplaba deambular entre la gente, no pude por menos que preguntarme qué hacía una mujer así tan al norte, paseando sola entre aldeanos. Éstos, sin embargo, no parecían inmutarse ante su presencia, así que supuse que estaban acostumbrados a ella.

Mientras observaba intrigado, ella volvió la cabeza en mi dirección y su mirada reparó en la mía. Así las mantuvimos un parpadeo, antes de apartarlas. Pero fue tan sólo para volver a cruzarlas un momento después. Fue en ese instante cuando el viento avivó las llamas de las fogatas, rechazando la oscuridad, y, a pesar de la distancia, distinguí sus ojos oscuros y brillantes. Recuerdo muy bien que, allí plantado, al pie de las hogueras, mi corazón se desbocó sin saber yo muy bien por qué. Y también recuerdo cómo, según mis ojos se perdían en el interior de aquellos otros que entraban y salían de las sombras con el flamear de las llamas, casi pude oír resonar esas invisibles cadenas que, según algunos, unen a ciertos mortales desde antes de su nacimiento, aunque son ignoradas por éstos hasta el instante del fatal encuentro entre ambos. Y quiero pensar que ella sintió lo mismo, pues nos quedamos largo rato así, cada uno con la vista fija en la del otro.

Largo rato. O quizás todo ocurrió en un aleteo, con certeza no lo sé. Luego el viento se aquietó, menguaron las llamas, los bailarines se interpusieron y, cuando se apartaron, no pude verla ya. Crucé la pista, entre la gente que giraba; pero, al llegar al otro lado, ella no estaba. Sé que deambulé ofuscado por las inmediaciones, pero no fui yo quien la encontró a ella. En un momento dado la sentí, más que verla, a mis espaldas. Me di la vuelta y allí estaba, entre las sombras que temblaban, sujetándose con una mano la falda, para evitar que arrastrara por los charcos, y contemplándome con curiosidad por encima del borde de su velo.

—¿Quién eres?

—Andobel, el Mouro. —Cogido por sorpresa, hice una leve reverencia a la manera de los moros de Zaragoza.

Se adelantó un par de pasos, observándome con atención.

—Sólo soy un vagabundo —añadí avergonzado, plenamente consciente de mis raídas vestimentas.

—¿Y esa espada? —Hizo un ademán hacia mi cadera y supuse que había sido mi acero oriental el que había prendido su atención.

—Es Bo Gou Mayac, señora... fue forjada por magos del Cáucaso —repuse, contento de poder hablar sobre lo único valioso de cuanto poseía.

—¿Podría verla?

Con otra reverencia, desenvainé el arma para mostrársela.

—Es una bonita espada. —Con la punta de unos dedos cargados de anillos acarició la hoja, admirando los reflejos que le arrancaban las llamas.

—Es una buena espada —admití, aunque yo sólo la veía a ella.

—Dime. ¿Mataste a su anterior dueño para conseguirla? —Me miró con ojos brillantes.

—Así fue —mentí; pero todo cuanto dije después era verdad—. La obtuve en Córdoba, estando al servicio del Califa.

—Córdoba... —Su mirada volvió a relumbrar interesada—. ¿Es cierto que has estado en Córdoba?

Cada vez más confundido, asentí al tiempo que envainaba la espada.

—Tienes que contarme cosas sobre Córdoba... pero más tarde. Ahora quisiera que me llevaras a bailar.

—¿Bailar? —respingué, atónito ante la idea de una mujer de alcurnia codeándose en la pista con aldeanos... y del brazo de un plebeyo, me obligué a recordar.

—Bailar —repitió con calma. Clavó su vista en la mía y hubiera jurado que una sonrisa maliciosa flotaba bajo el velo.

—¿Bailar? —me rendí al cabo, sin poder defenderme de esos ojos castaños.

Pasando al interior del ruedo de hogueras, enlazamos el brazo derecho. La luz de las llamas, a veces, arrancaba reflejos verdes a su mirada oscura; verdes y de unos matices que sólo pueden encontrarse en los ojos de la gente del país. Intrigado, me pregunté qué podía significar aquello; pero pronto lo olvidé. Los músicos eran mediocres y yo, la verdad, nunca estuve muy dotado para el baile. Sin embargo, aquella noche mis pies volaban mientras girábamos y girábamos. Y, de igual manera, al llegar a ese punto, mi memoria sobre esa noche se va convirtiendo en un remolino. Lo último cierto es que la luz de las hogueras flameaba al embate del viento helado mientras nosotros dábamos vueltas en la pista, primero en un sentido, luego en el otro... y a partir de ahí ya no hay hechos y sí tan sólo una vorágine de sensaciones.

* * *

Amanecí caído en el bosque, entre los helechos, cubierto de rocío. Me incorporé tiritando y mareado, sin saber qué podía haber sucedido. No es que mi memoria sobre esa noche esté del todo vacía: recuerdo. Pero esos recuerdos no están ligados a sucesos ciertos, sino que son sólo un resabio a luces, sonidos, tactos, olores, sensaciones, sentimientos. Y resulta de lo más turbador revivir las cadencias de una voz sin poderlas asociar a lo hablado, o el tacto de una piel sin recordar haberla acariciado, o el ímpetu de una emoción sin saber qué es lo que la ha desatado... es desconcertante, pero así fue.

Estuve largo tiempo sentado en el bosque, rememorando aquellos sentimientos que la noche anterior me habían embargado, caldeando mi sangre y abrasándome el corazón. No sabía a ciencia cierta que había pasado y, sin em-